

“EL ESPÍRITU DE LA COMPAÑÍA ES EL ESPÍRITU DE MARÍA”

Primera parte: EN CRISTO CON MARÍA

Manuel José Cortés sm
XIV Superior General Compañía de María (Marianistas)

Circular Nº 1

25 de marzo de 2007 Fiesta de la Anunciación del Señor

Queridos hermanos:

Es la primera vez que me dirijo a vosotros en el ejercicio de este servicio de gobierno y animación que el Capítulo General último me encomendó en nombre de todos vosotros y que, en palabras de la Regla de Vida, consiste -nada más ni nada menos- en recoger el testigo del Beato Guillermo José Chaminade, para “ser signo visible de la unidad de toda la Compañía” y “conservar, fortalecer y difundir el carisma común”.¹ Es una responsabilidad cuyo alcance me abrumba y ante la cual me siento impotente. Gracias a que María se me hizo muy presente, pude aceptarlo -y sigo aceptándolo- en obediencia desnuda, sólo apoyada, por un lado, en la convicción de que es el Señor mismo quien me llama a través de mis hermanos, y, por otro, en la certeza de que el Espíritu vendrá a hacer fecunda mi pobreza. Y es así, desde esa obediencia desnuda, como me atrevo a ofreceros mis reflexiones y orientaciones. Confío en que, pese a sus limitaciones, el Espíritu las hará fecundar para el bien de la Compañía en vuestra acogida comprensiva y fraterna. Como habéis visto por el título, mi primera circular es sobre María. ¿Por qué? ¿Qué es lo que me ha llevado a considerar que las primeras reflexiones y orientaciones que tenía que compartir con vosotros debían ser sobre Ella? La inspiración de esta circular proviene de la conjunción de dos constataciones. La primera constatación es que, desde la Regla de Vida que la Compañía se dio a sí misma hace veinticinco años hasta nuestros días, no ha cesado de sonar en nuestros capítulos la llamada a darle el puesto nuclear que le corresponde en la vivencia de nuestro carisma. Esta llamada se ha hecho más urgente, si cabe, en los tres últimos capítulos generales, sobre todo en *Caminos de Esperanza* (1996) y en el último, *En Misión con María* (2006). La renovación de nuestra vida religiosa marianista pasa, pues, por recuperar en nuestras vidas la hondura de la experiencia mariana de nuestro Fundador.² La segunda constatación es que esa recuperación está por hacer. Para un buen grupo de hermanos, la relación con María plantea problemas no bien resueltos, por lo cual, no está bien integrada en su vida espiritual o se ha difuminado. Para otros, ha quedado anquilosada en un modo no adecuado y, por lo tanto, estéril en la vida y la misión hoy. Hay que recordar que el Capítulo General de 1996, siguiendo la sugerencia de una moción promovida por los responsables de la Marian Library/IMRI³, vio conveniente hacer una encuesta entre todos los religiosos de la Compañía sobre la vivencia del carácter mariano de nuestro carisma.

Comentando el resultado de la encuesta, el P. José María Arnaiz escribía: “A veces en la Compañía no se sabe qué es lo que conviene hacer o qué dirección tomar para entregarnos a María. Sobre todo para darla a conocer y hacerla amar... La AG y las Administraciones de las Unidades deben promover la elaboración de un plan definido y claro para conseguir que María ocupe el puesto que le corresponde en la vida de los marianistas... El “survey” (encuesta) ha puesto en evidencia que necesitamos una mariología seria, unas actitudes propias de una fiel discípula de Jesús, unos comportamientos y acciones que encarnen el espíritu de María en nuestro actuar. No se puede vivir hoy día con la formación mariana recibida hace 30 años. Entrar en el misterio de María nos exige aprender, renovar nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestros comportamientos.”⁴ Motivada por estas dos constataciones, la circular pretende ayudar en este camino formativo. Está toda ella orientada a sentar las bases de una adecuada vivencia de María. Ahora bien, nuestra relación espiritual con María se basa en la imagen, en el icono que de Ella tenemos en nuestra mente y en nuestro corazón. En consecuencia, la renovación y profundización de nuestra vivencia mariana pasa por renovar y profundizar esa imagen. Por lo tanto, las reflexiones que os ofrezco, pretendiendo ser espirituales no pueden dejar de ser teológicas; orientadas a la verdadera “devoción” no pueden olvidar la “sana doctrina”. La circular pretende ser también un homenaje a nuestra Regla de Vida en sus bodas de plata. A lo largo de su lectura espero encontréis algunas ráfagas de luz que os ayuden a comprenderla mejor en la historia de nuestros textos normativos y a valorarla en toda su profundidad. Si he elegido como título de la circular la última frase del Libro Is, no es sólo porque expresa el carácter esencialmente mariano de nuestro carisma, sino también porque pretende ser la síntesis última, la quintaesencia de la misma Regla. Las reflexiones que os ofrezco se desarrollan en dos partes que llevan por título, respectivamente, I. “En Cristo con María” y II. “En Misión con María”. Ambas partes son inseparables. Son dos vertientes de la vida espiritual que se re-quieren mutuamente. No se vive “en Cristo” sin que esa vivencia nos lance a la misión y viceversa, no podemos vivir “en misión” si no es desde la vida “en Cristo”. Sin embargo, por razón de espacio y también para subrayar la importancia de cada una, he preferido separarlas en el tiempo. Así pues, en esta circular desarrollo sólo la primera parte, “En Cristo con María”. Una segunda, más adelante, abordará la otra. De esta manera hay más tiempo para una asimilación pausada de ambas y, de paso, se obvia el peligro de que en la preferencia del lector por una de las dos, venga ensombrecida la otra. Esta primera circular, “En Cristo con María”, está dividida, a su vez, en dos partes. En la primera, “El camino de la devoción mariana en nuestra historia”, pretendo ayudar a examinar el pasado para situar y comprender el presente de nuestra devoción mariana. En la segunda, “María en y desde el centro de la vida cristiana”, trato de fundamentarla a través de una meditación pausada de los artículos marianos del primer capítulo de nuestra Regla de Vida.

I. EL CAMINO DE LA DEVOCIÓN MARIANA EN NUESTRA HISTORIA

1.1. María en el corazón de nuestro carisma fundacional. El fundamento mariano de nuestro carisma es incontestable y la presencia de María en nuestra historia ha sido nuclear desde el principio hasta nuestros días. Tanto nuestros documentos fundacionales y normativos como la vida misma y hasta nuestro propio nombre, lo atestiguan sobradamente. Todos sabemos que la vida marianista se basa en la especial comprensión y vivencia que nuestro Fundador, el Beato Guillermo José Chaminade, tuvo de María.

Especial comprensión y vivencia que le vino inspirada por su particular modo de acceder a Ella y de contemplarla. Su aproximación a María no fue motivada por un interés meramente devocional o de profundización doctrinal. No era un teólogo, en el sentido académico o técnico del término, ni tampoco un predicador. El P. Chaminade era un misionero apasionado, un hombre profundamente preocupado por la evangelización de su mundo, entregado en cuerpo y alma a la tarea de educar la fe del Pueblo de Dios, fuertemente amenazada por el filosofismo y el laicismo de su tiempo. Su pasión misionera es el eje central de todo cuanto vivió y llevó a cabo a lo largo de su vida. Desde esa pasión vuelve su mirada hacia María y, viceversa, desde la contemplación de María alimenta y encauza su impulso misionero. Situado en esta perspectiva, su imagen de María adquiere unos rasgos muy marcados, que se repiten con insistencia en sus notas y escritos. Todos los conocemos, pero conviene que los recordemos al comienzo de nuestra reflexión para que nos acompañen a lo largo de ella como memoria original y originante. A ellos tenemos que referirnos constantemente como elementos constitutivos del carisma, de nuestra particular forma de ser en la Iglesia. Podemos resumirlos esquemáticamente de la siguiente manera: a) María tiene una misión propia en la Historia de la Salvación. Apoyado en los Santos Padres, el P. Chaminade contempla a María teniendo como telón de fondo la entera Historia de la Salvación, conducida por Dios desde la creación y el primer pecado hasta el triunfo final de la vida sobre la muerte en la nueva creación. Ve a María prefigurada en el Antiguo Testamento, elegida y llena de gracia en su Inmaculada Concepción, cooperante con el Hijo en los misterios de la redención, triunfante con él en la Asunción⁶. María concentra en sí misma, como un icono, la imagen de la humanidad nueva redimida por el Hijo, la humanidad “llena de gracia”.⁷

b) La misión propia de María en la Historia de la Salvación, aquella para la que ha sido elegida y llamada por Dios, es la de engendrar al Hijo. Misión maternal, generativa, educativa, ligada a la Encarnación, que se extiende a todos los hijos en el Hijo. Las frases evangélicas que más le gustaba citar al P. Chaminade en referencia a María eran las contenidas en la declaración de Jesús en la cruz: “Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre”⁸, y la presentación de María en el evangelio de Mateo, “*Maria de qua natus est Jesus*”⁹.

c) La misión de María se fundamenta y se desarrolla en su fe, por la que se entrega plena e incondicionalmente en manos del Espíritu para el cumplimiento del plan de Dios. La fe de María, “aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”, es el “lugar” humano que Dios necesita para entrar en el mundo y salvarlo.¹⁰

d) De esta manera, María contribuye al triunfo de Dios sobre el mal en la historia del hombre, al cumplimiento de la promesa original: “Ella te aplastará la cabeza”.¹¹

La misión de María, íntimamente unida a la misión salvadora del Hijo, no acaba -no puede acabar- con su Asunción, como tampoco la del Hijo con su Ascensión, sino que se perpetúa en la historia. Y en épocas de crisis de la fe, como lo fue la del P. Chaminade, se hace más urgente si cabe. Esto es lo que él comprendió con claridad meridiana y, desde esa perspectiva, se vio a sí mismo y nos vio a los marianistas, como los llamados a colaborar con María en el hoy de su misión¹². La contemplación de María se transformó para él en vocación misionera. Estamos llamados a dejarnos formar por ella como hijos y a ser sus “auxiliares”, sus “aliados”: “ser, en nuestra humildad, el talón de la Mujer”, como el dijo al P. Lalanne el día mismo en que se decidió nuestra fundación.

Recordados estos grandes rasgos marianos con los que se define nuestro carisma, os invito a preguntarnos: ¿cómo los hemos vivido en el pasado? ¿cómo los estamos viviendo en el presente? ¿cómo estamos llamados a vivirlos en este momento de nuestra historia?

1.2. La piedad filial mariana.

El P. Simler condensó nuestra particular forma de vivir a María como marianistas bajo la expresión “piedad filial”. Esta expresión, como tal, no venía del P. Chaminade, que nunca la utilizó en su literalidad, sino del P. Caillet, y quedó acuñada en las Constituciones de 1891. En ellas aparece como “el sello distintivo” de la Compañía y viene descrita en cuatro famosos artículos que muchos de nosotros aprendimos de memoria en nuestro noviciado.¹³ Posteriormente, el mismo P. Simler le dedicaría un amplio comentario en su larga instrucción sobre los rasgos característicos de la Compañía.¹⁴

La piedad filial destaca y acentúa un aspecto importante de la espiritualidad chaminadiana, nuestra filiación mariana -“somos hijos de María”, repetía con insistencia el Fundador-, y ayuda a vivirlo concretamente en la vida espiritual. Por eso, a partir de del generalato del P. Simler, tuvo gran eco e influencia en nuestra tradición devocional marianista, al menos hasta el Concilio Vaticano II. Obras como “Notre don de Dieu” y “Mon idéal”, ambas del P. Neubert, contribuyeron a desarrollarla y difundirla.

No obstante, esta manera de entender nuestra dedicación a María dejaba como en penumbra otro aspecto fundamental de la espiritualidad mariana del P. Chaminade, el apostólico. Ya lo advirtió el propio P. Neubert. “ Todos los elementos (de la espiritualidad mariana) que hemos encontrado en el P. Chaminade, los encontramos, poco más o menos en Simler. Y, sin embargo, su enseñanza no suena exactamente igual que la del Fundador. Aunque los mismos elementos compongan las dos doctrinas, su dosificación no es la misma. La expresión dominante en el P. Chaminade era ‘misionero de María’; en el P. Simler es ‘reproducir la piedad filial de Jesús’. (...) Como el Fundador, insiste en la obligación de ser el apóstol de María. Pero para él, esta obligación se reduce casi únicamente a propagar su conocimiento y su culto; para el P. Chaminade, abarca toda la actividad marianista porque, en todo lo que hacemos, oraciones, enseñanza, trabajos manuales, hemos de ser conscientes de que actuamos en nombre de María para la con-quista del mundo para Cristo. La devoción a María del P. Simler es más contemplativa; la del P. Chaminade más combativa.”¹⁵ Esta diferencia de enfoque se percibe de inmediato cuando se compara el capítulo primero de las Constituciones del P. Chaminade y el de las Constituciones del P. Simler. Recordamos cómo en ambas se dice que la Compañía tiene dos fines, descritos así en el artículo 2 de las Constituciones de 1891: 1º elevar (*con la gracia de Dios*, matizaba el Fundador) a cada uno de sus miembros a la perfección evangélica; 2º trabajar (*en el mundo*, decía el P. Chaminade) en la salvación de las almas (*sosteniendo y pro-pagando, por medios adaptados a las necesidades y el espíritu de los tiempos, las enseñanzas del Evangelio, las virtudes del cristianismo y las prácticas de la Iglesia católica*, añadían las Constituciones de 1839). Ambos se resumen en un único fin, la más fiel imitación de Jesucristo, bajo dos aspectos: la imitación de las virtudes de Jesús y la imitación de su celo apostólico. Pues bien, mientras el P. Chaminade introduce nuestra devoción a María en el artículo 4 de sus Constituciones, que habla de nuestro celo apostólico, el P. Simler lo hace en el artículo 3, que habla de la imitación de las virtudes de Jesús: “El profeso de la Compañía de María tiene de especial el consagrarse a reproducir con visible complacencia la piedad filial del divino Modelo para con María, su santísima Madre.”

En consecuencia, bajo esta perspectiva, como señalaba el P. Neubert, nuestra relación con María pasa de ser la de un “aliado” con ella al servicio del plan de Dios sobre la humanidad, a la de un “imitador” de Jesús, el Hijo, en su relación personal con la Madre.

1.3. El giro mariológico de la segunda mitad del siglo XX y su repercusión.

Con la piedad filial, nuestra tradicional devoción mariana participó de la corriente mariológica del s. XIX y primera mitad del XX, de la llamada por sus críticos, “mariología de los privilegios”. Partiendo de la maternidad divina como el gran privilegio singular de María, se “deducían” de él otros privilegios que la honraban y la ensalzaban. Resultaba, así, una imagen de María cargada de títulos singulares. El efecto de esta mariología fue hacer de María un “aparte” en la teología, con lo que en la devoción se transformó en un “además”, en un añadido, a veces forzado o incómodo, en la oración, el culto o las homilias... La piedad popular y las devociones marianas se movieron a sus anchas en este campo “aparte”, casi autónomo. Separadas de la liturgia, no siempre evitaron el peligro de desarrollar una relación con María inducida más por la proyección sobre ella de todo un imaginario psicosocial que por lo que de ella nos revela la Palabra de Dios. 16

El Concilio Vaticano II reaccionó frente a esta tendencia, reubicando y contemplando a María en el marco de la Historia de la Salvación. Los padres conciliares no aceptaron tratar de María en un documento aparte, propio, como había sido previsto por la comisión preparatoria, sino que reservaron para ella el último capítulo, el octavo, de la Constitución *Lumen gentium* sobre la Iglesia. La contemplación conciliar de María quedaba así integrada, con toda su singularidad, en la historia y en la realidad del Pueblo de Dios. Como han hecho notar los comentaristas, el Concilio hizo el paso de una mariología de “privilegios” a una mariología de “anticipación”. María es la criatura que “anticipa” y prefigura en sí misma el camino de la Iglesia, el camino de la vida cristiana. El resultado fue una presentación sobria de María, que algunos no tardaron en llamar “minimalista”, pero de una gran profundidad.

Ahora bien, la renovación y “puesta al día” de la doctrina no basta. Como ocurrió, y sigue ocurriendo, con el conjunto de los documentos conciliares, queda un problema pendiente y de gran importancia: que la doctrina renovada entre en la concreta vida cristiana de los fieles, cale en su devoción. En el caso de la vivencia de María este paso de lo doctrinal a lo devocional se hace particularmente difícil por la complejidad de factores que intervienen en ella, tradicionales, psicoafectivos, culturales...

De la preocupación, pues, por centrar la devoción mariana en el Pueblo de Dios, surge, siguiendo el Concilio, un documento fundamental, importantísimo: la exhortación *Marialis cultus*, de Pablo VI del 2 de febrero de 1974. Con el propósito de “favorecer el desarrollo de aquella devoción a la Virgen que en la Iglesia ahonda sus motivaciones en la Palabra de Dios y se practica en el Espíritu de Cristo”¹⁷, analiza detenidamente las claves de una adecuada devoción a María y, por lo tanto, de las prácticas que quieran expresarla. Éstas, deben inspirarse en el culto cristiano, en quien tienen su “canon”, su norma. Recordémoslas de forma resumida, extrayendo algunas frases del texto mismo:

-“Ante todo, es sumamente conveniente que los ejercicios de piedad a la Virgen María expresen claramente la nota trinitaria y cristológica que les es intrínseca y esencial. En

efecto, el culto cristiano es por su naturaleza culto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo o, como se dice en la Liturgia, al Padre por Cristo en el Espíritu.”

- “Que en las expresiones de culto a la Virgen se ponga en particular relieve el aspecto cristológico y se haga de manera que éstas reflejen el plan de Dios, el cual preestableció «con un único y mismo decreto el origen de María y la encarnación de la divina Sabiduría». Esto contribuirá indudablemente a hacer más sólida la piedad hacia la Madre de Jesús y a que esa misma piedad sea un instrumento eficaz para llegar al «pleno conocimiento del Hijo de Dios, hasta alcanzar la medida de la plenitud de Cristo» (Ef 4,13).”

- “Que se dé adecuado relieve a uno de los contenidos esenciales de la fe: la Persona y la obra del Espíritu Santo. La reflexión teológica y la Liturgia han subrayado, en efecto, cómo la intervención santificadora del Espíritu en la Virgen de Nazaret ha sido un momento culminante de su acción en la historia de la salvación.”

- “Es necesario además que los ejercicios de piedad, mediante los cuales los fieles expresan su veneración a la Madre del Señor, pongan más claramente de manifiesto el puesto que ella ocupa en la Iglesia: «el más alto y más próximo a nosotros después de Cristo»; un puesto que en los edificios de culto del Rito bizantino tienen su expresión plástica en la misma disposición de las partes arquitectónicas y de los elementos iconográficos -en la puerta central de la iconostasis está figurada la Anunciación de María en el ábside de la representación de la «*Theo-tocos*» gloriosa- con el fin de que aparezca manifiesto cómo a partir del «*fiat*» de la humilde Esclava del Señor, la humanidad comienza su retorno a Dios y cómo en la gloria de la «Toda Hermosa» descubre la meta de su camino.” 18

A continuación, después de recomendar que las devoción mariana se apoye en la Biblia y en la liturgia y cuide de expresarse en forma adecuada desde el punto de vista antropológico y ecuménico, Pablo VI hace una magistral aplicación de estas claves a la recta comprensión y vivencia del Rosario y del Ángelus, como ejemplos de devociones marianas tradicionales.

Pero *Marialis Cultus*, pese a su solidez y profundidad, pese a su resonancia en los círculos de la reflexión teológica y hasta en el magisterio de Juan Pablo II¹⁹, no tuvo -y sigue sin tener- la repercusión que merece en la vida del Pueblo de Dios. ¿Dónde se reza, por ejemplo, el rosario como Pablo VI lo indicaba? ¿Dónde se han renovado canciones, textos y prácticas tradicionales asumiendo sus criterios? Treinta años después, *Marialis Cultus* todavía no ha calado en la devoción de los fieles. ¿Por qué?... Quedémonos de momento con la pregunta. Más adelante me atrevo a sugerir algunas posibles respuestas. Aunque en los fieles católicos la devoción mariana estaba históricamente muy arraigada, de hecho, después del Concilio, no se produjo una eclosión renovadora de esa devoción. Más bien se hizo como un gran silencio sobre María en la reflexión y en la vida de los cristianos. El Pueblo de Dios, quedó perplejo entre la devoción tradicional a María y una nueva, que parecía necesaria, pero de la que no se hablaba y a la que no se le introducía. Se entró en la sobriedad litúrgica y cayeron las devociones: Oficio Parvo, Rosario, novenas... En consecuencia, bastantes perdieron su referencia a María en su vida cristiana y otros, faltos de alternativa, la mantuvieron a la vieja usanza. También entre nosotros.

En este nuevo contexto, nuestra tradicional “piedad filial mariana” deja de motivar devocionalmente a un buen número de marianistas. Tal y como estaba formulada, no servía para vivir a María en toda la perspectiva conciliar. Sin pretender ser exhaustivo, diría que la razón de su “desajuste” se debió a dos de sus debilidades:

a) Su escaso apoyo bíblico. Desde la “piedad filial”, la contemplación de Jesús se hacía más proyectando sobre él el modelo humano, psicoafectivo, de la relación de un hijo con su madre, que apoyándose en el conjunto del Nuevo Testamento. La perspectiva de la relación afectiva de Jesús con su madre es ajena al Nuevo Testamento. No digo que no existiera y que no la podamos suponer. Es evidente que, en virtud de la realidad de la encarnación, Jesús tuvo respecto a su madre el amor filial de un hijo ejemplar. Lo que quiero decir es que no tenemos un texto, un pasaje neotestamentario, que nos exprese o describa esa relación. Es más, desde esta perspectiva, las escenas de “toma de distancia” de Jesús respecto a una dependencia filial afectiva de su madre, tan presentes en los evangelios, re-sultan enigmáticas, difíciles -por no decir imposibles- de comprender.²⁰

b) La fundamentación que el P. Simler daba a la “piedad filial” era claramente cristocéntrica. Pero en la manera de proponerla, su cristocentrismo corría el riesgo de volverse en contra y transformarse en “marianocentrismo”. Expresiones tan usadas en nuestra tradición como: “¿Qué no haría un hijo por su madre?”, entendidas no en sentido teológico sino humano-afectivo, podían inducir a considerar a Jesús como un hijo que vivió *para* su madre y no tanto *con* su madre *para* el plan trinitario de salvación.

Era evidente, pues, que los marianistas necesitábamos reubicar y reorientar nuestra devoción mariana. Teníamos que hacer nuestro particular camino repensando y reformulando nuestro carisma a la luz del Concilio.

1.4. Nuestra particular asimilación del “giro mariológico”. Lo adquirido y lo pendiente.

Hay que reconocer que la presentación conciliar de María, tanto en su perspectiva como en su método -retorno a las fuentes, bíblicas y patrísticas-, nos sorprendió grata-mente a los marianistas. Vimos en ella un espaldarazo a la más genuina mariología chaminadiana y nos ayudó a redescubrir y reformular nuestro modo carismático, particular, de contemplar a María. El que hemos llamado “giro mariológico” del Concilio, no provocó un parón en nuestra reflexión sobre María sino todo lo contrario. Después del Concilio se han producido y se siguen produciendo entre nosotros publicaciones y estudios mariológicos marianistas valiosos y profundos, no tan abundantes como sería de desear, pero sí más numerosos de lo que parece.

Es así como, siguiendo las orientaciones conciliares, la Compañía pudo llevar a cabo su propio retorno a las fuentes, bíblicas y fundacionales. Es así como pudo darse a sí misma el capítulo primero de la nueva Regla de Vida, sin duda la mejor síntesis de nuestro carisma en nuestra historia constitucional. Es así como, desde ahí, y haciéndose eco de las orientaciones de *Marialis Cultus*, se revisaron magistralmente nuestras dos expresiones devocionales marianas más tradicionales, el acto de consagración y la oración de las tres, resultando dos textos de riquísimo contenido teológico y carismático. Y, finalmente, es así como, a lo largo de los 25 últimos años, a través de los documentos de los Capítulos Generales, no ha dejado de dar una impronta mariana, teológica y carismáticamente bien fundamentada, a nuestra vida y a nuestra misión.

Pero, como ya he dicho al hablar del Concilio, la renovación y “puesta al día” de los textos doctrinales y normativos no basta. Queda el problema de hacerlos entrar en la vida. Tenemos una doctrina bien establecida y sólidamente fundada, tenemos excelentes

documentos, profundos e iluminadores. Pero están más en la mente que en el corazón, en las palabras más que en los hechos, en el papel más que en la vida. Esto es verdad en muchos aspectos de nuestra vida religiosa. Y lo es también en el de nuestra relación con María.

Volvamos ahora al “por qué” que quedó en suspenso en el apartado anterior. ¿Por qué una doctrina mariana tan sólidamente establecida y desarrollada desde lo nuclear y central en nuestra vida cristiana y marianista no se traduce en vida? Y me atrevo a responder con otra pregunta: ¿no será porque nuestra vida espiritual no está centrada en el mismo centro que la doctrina?

Personalmente estoy convencido de que la tibieza o la frialdad de la penetración de lo doctrinal en la vida, que afecta a nuestra relación con María pero no sólo a ella, se debe a que nuestra vivencia espiritual no está centrada en lo nuclear sino en lo periférico. Disponemos de formulaciones profundas, que van hasta la raíz y arrancan de ella, pero nuestra vivencia cotidiana, en lo espiritual y en lo concreto, no ha descendido hasta ese nivel profundo, no lo ha hecho suyo. Y así, ha quedado enredada en la pretensión de unos frutos que, mientras carezcan de raíz de la que brotar y alimentarse, no dejarán de ser quiméricos.

Tenemos, pues, ante nosotros una importantísima tarea pendiente, hacer descender nuestra vivencia espiritual hasta el núcleo central que la inspira y desarrolla. ¿Cómo? No necesitamos ir muy lejos para encontrar la hoja de ruta. Basta que nos dejemos conducir por la Regla de Vida. Mi convicción es que tenemos en ella un tesoro cuya riqueza está por explotar. Quizás nos falta descubrir su perspectiva e integrarla en nuestra vida. Espero que las reflexiones que siguen ayuden a ello.

II. MARÍA EN Y DESDE EL CENTRO DE LA VIDA CRISTIANA (MEDITANDO EL CAPÍTULO PRIMERO DE LA REGLA DE VIDA)

2.1. El núcleo central: la vivencia del misterio de nuestra conformidad con Cristo.

2.- Dios, al llamarnos a ser marianistas,
nos invita a seguir de una manera especial a
Jesucristo, Hijo de Dios,
hecho Hijo de María
para la salvación de los hombres.
Nuestro fin es llegar a la conformidad con Él
y trabajar por la venida de su Reino.

3.- Nuestra vocación religiosa es
una llamada a vivir de la fe
que hunde sus raíces en el bautismo
por el que comenzamos a vivir en Jesucristo.
Nos reunimos para formar comunidades de fe
y nos proponemos comunicar esa misma fe
a nuestros hermanos los hombres.

4.- Queremos llegar a ser hombres de fe
que consideran todo a la luz de la revelación.

Por la fe descubrimos cómo actúa Dios
 en la historia de los hombres
 y en los acontecimientos de nuestra vida diaria.

De entrada, y como punto de partida, la Regla de Vida nos remite a lo que constituye el fundamento y el fin último de toda vida espiritual, la conformidad con Jesucristo. “Nuestro fin es llegar a la conformidad con Él”. En esto, sigue la tradición de nuestras Constituciones anteriores. “La perfección cristiana, fin primero que la Compañía se propone, consiste esencialmente en la más exacta conformidad posible con Jesucristo, Dios hecho hombre, para servir de modelo a los hombres”, decían las Constituciones de 1839 (a. 4). Y en las de 1891 (a. 3): “La perfección, fin de la Compañía, consiste en conformar su vida con la de Jesucristo.”

Sin embargo, la perspectiva desde la que se contempla esta conformidad con Cristo, la manera de entenderla y vivirla se propone de una manera distinta a como la proponían las Constituciones anteriores, sobre todo las de 1891. Mientras éstas continuaban diciendo: “esta conformidad alcánzala todo cristiano observando los preceptos del Evangelio; para el profeso de toda Orden, de todo piadoso Instituto, exige además la práctica de los consejos evangélicos”, la Regla de Vida nos remite de inmediato a la vivencia del misterio sacramental del bautismo “por el que comenzamos a **vivir en Jesucristo**”.

Este cambio no es baladí. Es de profundo calado para la vida espiritual. Con él, la Regla de Vida nos invita a revisar el fundamento de nuestra vida cristiana, es decir, nuestra relación con Cristo, limitada en muchos de nosotros a la de un “admirador” ante su modelo y ejemplo de vida. Se trata, en el fondo, de una auténtica llamada a refundar la vida espiritual desde la vivencia del misterio de comunión con Cristo y no desde la práctica de su imitación. Es importante que comprendamos el sentido y el alcance de esta llamada.

La conformidad con Jesucristo es algo más profundo que su imitación. Con-formar-se es “adquirir *la forma* de”. Está en la línea del “*en Cristo*” paulino. Recordemos cómo San Pablo formulaba la gran meta de su vida, la perfección a la que aspiraba: “ser encontrado *en Cristo*, no con la justicia mía, la que viene de la Ley, sino la que viene por la fe en Cristo, la justicia que viene de Dios apoyada en la fe.”²¹

Mientras la imitación depende de nuestro esfuerzo ascético-moral, la conformidad con Jesucristo es obra del Espíritu en nosotros, no está al alcance de nuestras solas fuerzas.²² La imitación supone la distancia entre el imitado (modelo) y el imitador. Es más, está provocada por ella. Porque existe esa distancia, el imitador se propone caminar hacia el modelo, que se le hace presente sólo en el horizonte, casi como una utopía. Así, mientras la imitación se alimenta, pues, de la distancia, la conformidad lo hace de la comunión íntima, por la que, por pura gracia, somos “incorporados” a Cristo. Es verdad que la conformidad con Cristo fundamenta su imitación (como lo misterioso lo ético), pero no debemos confundirla con ella y mucho menos reducirla a ella.

No se trata de suprimir el deber de nuestra imitación de Cristo sino de fundamentar y enfocar bien su vivencia, su puesto en la vida espiritual. Esta arranca, precisamente, de la experiencia del infinito amor de Dios que, saltando las barreras de su infinita distancia, nos hace uno con el Hijo. Y es esta experiencia la que, haciéndonos conscientes de la asimetría (mejor que “distancia”) entre su amor y el nuestro, provoca, en consecuencia, el deseo de corresponderle con el seguimiento e imitación de Cristo, encarnación humana del amor divino. Así es el “*en Cristo*” el que fundamenta y provoca el “*como Cristo*”.

Quizás la mejor expresión vivencial de este principio sea la confesión del mismo Pablo cuando, después de afirmar su deseo de ser encontrado en Cristo, confiesa: “No que lo tenga ya conseguido o que sea perfecto, sino que me esfuerzo por alcanzarlo, **habiendo sido alcanzado por Cristo Jesús**”.²³ En efecto, sin la experiencia previa del “haber sido alcanzado”, el deseo de “alcanzar” a Cristo es vano, se apoya en el vacío. Puede parecer noble pero en realidad no es más que una quimera. Y una quimera peligrosa porque, conduciéndonos una y otra vez al fracaso, provoca a la larga, cansancio. Y el “noble deseo” de “*ser como*” acaba por extinguirse, víctima de sí mismo, porque no está enraizado en la vivencia del gran don de “*ser en*” por la gracia. ¡Cuántos cansancios y abandonos de la vida espiritual, de la vida cristiana o de la vida religiosa tienen aquí su raíz!

Así pues, debemos recuperar y cultivar la **experiencia mística** como centro nuclear de nuestra vida espiritual. La Regla de Vida, como acabamos de ver, nos invita a ello.

Esto que acabo de afirmar puede sonar raro o extraño, a “espiritualismo desencarnado” o a cosa de santos elevados hasta el éxtasis en la oración... Pero no es así. La recuperación de la experiencia mística no es sólo necesaria para “especialistas de la oración” o para religiosos sino para cualquier fiel cristiano. La vida cristiana, o brota y se desarrolla desde la experiencia del **misterio de la gracia** (esto es lo que se quiere decir con el adjetivo “mística”) o no es cristiana y queda anclada todavía en el Antiguo Testamento. Porque es esta experiencia la que la caracteriza como tal, la que la introduce en el novedad de la Nueva Alianza. Sin ella, la relación con Cristo queda reducida a la de un discípulo con un “maestro de vida”, con un rabino, al fin y al cabo. Y la vida cristiana queda reducida al empeño por cumplir unas pautas de vida, más o menos “progresistas” o “conservadoras” (esto se discute), como si no estuviéramos ya en otro modo de relación con Dios que se inauguró en la encarnación y que llamamos Nuevo Testamento.

¿En qué consiste esta “experiencia mística”? San Juan de la Cruz la define de forma sintética y sugerente como “advertencia amorosa del Dios presente”. Presente, por gracia, en la historia y en lo más profundo de nosotros mismos. Sólo podemos acceder a ella por la fe. Es una experiencia del orden de la fe, una experiencia en y desde la fe, como muy bien lo confesamos en la Regla de Vida.

- Una fe que emerge en nuestra vida cristiana en el bautismo, en el instante en el que se hace realidad nuestra incorporación a Cristo: “Nuestra vocación religiosa es una llamada a vivir de la fe que hunde sus raíces en el bautismo.” (RV 3)

- Una fe que, desde ese momento, nos lleva a la “advertencia de Dios”, es decir, penetra con luz nueva la existencia y nos incorpora al cortejo de los que peregrinan por la historia “como si vieran lo invisible”²⁴: “Queremos llegar a ser hombres de fe que consideran todo a la luz de la revelación. Por la fe descubrimos cómo actúa Dios en la historia de los hombres y en los acontecimientos de nuestra vida diaria.” (RV 4)

- Una fe que produce “advertencia amorosa” porque no sólo se alimenta del conocimiento sino, sobre todo, de la **frucción del misterio** en la liturgia y en la oración. La fe del corazón, diría nuestro Fundador. “Para que Jesús llegue a ser el centro de nuestras vidas, mientras esperamos su retorno, dedicamos generosamente una buena parte de cada día a la práctica de la oración. En nuestra vida de oración se destacan la liturgia, oración del mismo Cristo y del pueblo de Dios, y la meditación, alimento de nuestro espíritu de fe.” (RV 48) “La oración personal del marianista es un ejercicio de fe. La dedicación perseverante a la oración nos lleva a la fe del corazón y nos acerca a nuestro fin: la conformidad con

Jesucristo. Por Él, con Él y en Él, el Espíritu nos conduce a la comunión con el Padre.” (RV 58)

2.2. María en el centro del misterio de nuestra vida cristiana. De la encarnación al Calvario.

Esta experiencia mística, nuclear, de nuestro ser *en* Cristo, es la que nos abre el correcto acceso a María. Ante este misterio de comunión real y no sólo intencional con Él, que nos transforma en hijos de Dios con el Hijo, nos preguntamos: “¿Cómo es posible esa comunión?”

La respuesta nos remite al misterio de la encarnación. Si podemos “con-formarnos” con El Hijo es porque el Hijo asumió por el poder de su amor, por el poder del Espíritu, nuestra “forma” humana.²⁵ “Dios se hizo hombre para que el hombre llegase a hacerse Dios”, decían los Padres. Es, pues, desde la encarnación y en virtud de ella como la humanidad es capaz de divinidad, es lugar de comunión con Dios.

Pero la naturaleza humana asumida por el Verbo no fue creada “ex nihilo” para la ocasión. Viene de la humanidad misma. El Hijo “nace de mujer”²⁶, de María, haciéndose uno de nosotros. Es aquí, en la raíz de este acontecimiento extraordinario, vértice de la historia, puerta de la Nueva Alianza de Dios con la humanidad, donde encontramos a María. “Maria, ex qua natus est Jesus”, repetía hasta la saciedad nuestro Fundador, para subrayar el lugar que le es propio en la vida cristiana, lugar desde el que él la contemplaba una y otra vez.

5.- Por el don de la fe, la Virgen María
se abrió plenamente a la misión
que el Padre le confió en el plan de salvación.
Jesús fue formado en su seno
por obra del Espíritu Santo
y quiso que ella fuera la mujer prometida,
asociada a todos sus misterios.
Cuando llegó su hora,
la proclamó madre nuestra.

Contemplando a María en el misterio de la encarnación, percibimos que su papel en el obra de nuestra redención es activo y singular. Ninguna otra criatura humana lo ha tenido ni lo tendrá. Y ya que se sitúa en el origen mismo de la asunción de la naturaleza humana por parte del Hijo, se extiende desde ese instante a todo lo que vivió él como hombre, hasta llevar consigo la naturaleza humana concebida en María, a través de la muerte, a la resurrección. Por eso, podemos decir con toda verdad que María estuvo asociada a todos los misterios de nuestra redención, como le gustaba recordar a nuestro Fundador. Así, la contemplación de María en la anunciación y su contemplación al pie de la cruz se complementan. En orden a la redención humana, la entrega que María hace de la naturaleza humana en manos del Espíritu en la encarnación, no culmina hasta que no acabe definitivamente entregada en “la hora” del paso al Padre.

Será el Hijo quien la entregue, llevando tras de sí y consigo a la Madre. La Madre ha concebido al Hijo pero será el Hijo quien conducirá a la Madre hacia “la hora” culminante de la redención, “la hora” del paso al Padre. En ese momento, su maternidad alcanzará su

plenitud redentora, cuando la naturaleza humana del Hijo, aquello mismo que ha sido generado en ella, muera abandonado en manos del Padre por el Hijo, con él y en él. “La hora” de la redención será la hora también del reconocimiento del verdadero alcance de su maternidad en la encarnación.

San Agustín lo expresa de una manera admirable. Comentando precisamente la respuesta de Jesús a su madre en las bodas de Caná, “todavía no ha llegado mi hora”, dice: “Su madre le pide un milagro, pero él hace como que desconoce las humanas entrañas cuando va a obrar obras divinas, como si dijera: lo que en mi ser obra milagros, no lo engendraste tú; tú no engendraste mi divinidad; pero como engendraste mi debilidad te reconoceré entonces, cuando mi debilidad esté pendiente de la cruz. Este es el sentido de las palabras ‘todavía no ha llegado mi hora’... La reconoce en el momento en que iba a morir lo que ella dio a luz. No muere lo que dio a María el ser sino lo que fue hecho de María. No muere la eternidad de la divinidad, sino la debilidad de la carne.”²⁷

Y es en ese momento, en el momento en que la debilidad de la carne generada por María culmine su camino en la historia y queda redimida por su tránsito al Padre en la cruz de Hijo, cuando el Señor revelará al “discípulo amado”, y en él a todos sus verdaderos discípulos, que ella es la Mujer, la Madre.

2.3. La misión maternal de María.

6.- Como el discípulo amado,
acogemos a María como don precioso de Dios.
Impulsados por el amor de Jesús a su Madre,
nos entregamos a Ella.
Así, el Espíritu Santo,
en cuya acción coopera María con amor de madre,
puede formarnos más plenamente
a imagen de su Hijo.

“He ahí a tu madre”. El sentido de esta revelación es fuerte. Efectivamente, si es la humanidad de Cristo la que hace posible nuestra redención, si es su “conformidad” con nuestra carne la que nos abre la puerta a nuestra “conformidad” con Él, la función de María en la vida cristiana va más allá de ser una creyente ejemplar. Está en el núcleo generativo de esta vida porque es “cocausante” de ella, cooperante con el Espíritu, generativa, maternal.

¿Dónde radica su capacidad generativa? En su fe. María es madre por su fe. La humanidad del Hijo de Dios se genera en ella por el Espíritu Santo cuando se abre totalmente a él por la fe. Es su fe la que abre su capacidad corporal generativa como mujer, cerrada por su virginidad (“¿cómo será eso pues no conozco varón?”). Es su fe la que abre su seno a la fecundidad, generando la humanidad nueva, la que quedará para siempre unida al Verbo.

Con su fe plena, “María concibió antes en su mente que en su vientre”, decía S. Agustín.²⁸ “Con razón los Santos Padres estiman a María, no como un mero instrumento pasivo, sino como una cooperadora a la salvación humana por la libre fe y obediencia. Porque ella, como dice San Ireneo, “obedeciendo fue causa de la salvación propia y de la del género humano entero”. Por eso, no pocos padres antiguos en su predicación, gustosamente afirman: “El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo que ató la virgen Eva por la incredulidad, la Virgen María lo desató por la fe”; y

comparándola con Eva, llaman a María Madre de los vivientes, y afirman con mayor frecuencia: "La muerte vino por Eva; por María, la vida"²⁹

Es este poder generativo de la fe de María el que fascinó al P. Chaminade: "Lo que no ceso de contemplar desde hace algún tiempo, demasiado poco en todo caso, es que María en el momento de la Encarnación fue asociada a la fecundidad eterna del Padre por su fe viva, que, animada por una caridad inconcebible, engendró la humanidad de su Hijo adorable. Es también la fe, hijo querido, la que nos hace concebir en nosotros mismos a Jesucristo: 'Cristo habita por la fe en nuestros corazones... les dio el poder de ser hijos de Dios'. Todos los tesoros de la divinidad se concentran en María gracias a la fe que la animaba; así ella se transformó en plenitud de gracias, en fuente de vida. Como ella por su fe concibió a Jesucristo en el orden natural, podemos nosotros concebirlo de una manera muy real por nuestra fe en el orden espiritual..."³⁰

Desde aquí, comprendió que la misión maternal de María era universal. "Al consentir a la Encarnación del Verbo, la bienaventurada Virgen contribuyó de la manera más poderosa y más eficaz a la obra de nuestra Redención, y por el acto mismo de su consentimiento se entrega de tal manera a la obra de nuestra salvación, que se puede decir que llevó a todos los hombres en su seno como una verdadera madre a sus hijos."³¹

Convencido, en consecuencia, de que sólo dejándonos formar en ese seno maternal de María, que es su plenitud de fe, podremos "con-formarnos" con Cristo, no podía entenderse ni entendernos sino como "hijos de María"³². En sus notas autógrafas de Dirección, con las que trataba de completar las Constituciones desarrollando el espíritu que las animan y marcando las pautas de la formación espiritual de los religiosos, escribía:

"1° La nueva Orden toma el nombre de *Compañía de María* porque todos aquellos que la componen se consideran como sus hijos: tal vez fuera mejor llamarles *Familia de María*

2° Una persona verdaderamente cristiana no puede ni debe vivir más que de la vida de Jesucristo; el religioso está llamado a ello de un modo especial. Esta vida divina debe ser el principio de todos sus pensamientos, de todas sus palabras, de todas sus acciones.

3° Jesucristo ha sido concebido en el seno de la augusta María por la operación del Espíritu Santo; Jesucristo ha nacido del seno virginal de María: concebido por obra del *Espíritu Santo, nació de María Virgen*.

4° El bautismo y la fe comienzan en nosotros la vida de Jesucristo y por ello somos concebidos por obra del Espíritu Santo; pero debemos, como el Salvador, nacer de la Virgen María.

5° Jesucristo ha querido formarse a nuestra semejanza en el seno virginal de María y nosotros, igualmente, debemos formarnos en él a la suya, regular nuestras costumbres según las suyas, nuestras inclinaciones según sus inclinaciones, y nuestra vida según su vida.

6° Todo cuanto María lleva en su seno o no puede ser más que Jesucristo mismo o no puede vivir más que de la vida de Jesucristo. María, con un amor inconcebible nos lleva siempre como hijos pequeños en sus castas entrañas hasta que, habiendo en nosotros los primeros rasgos de su Hijo, nos dé a luz como a Él".³³

Quizás podamos comprender mejor ahora en toda su riqueza y profundidad la frase del artículo 6 de nuestra Regla de Vida: "Así, el Espíritu Santo, en cuya acción coopera María con amor de madre, puede formarnos más plenamente a imagen de su Hijo".

2.4. Hijos de María para la salvación del mundo

Para ser formados a imagen del Hijo, “inspirados por el amor de Jesús a su Madre, nos entregamos a Ella”, decimos en nuestra Regla de Vida. Nuestra entrega a María es, pues, en seguimiento del amor de Jesús hacia ella, es decir, del amor con el que Él se entregó a María para ser formado, a su vez, como hombre”.

Llegados aquí después de nuestro ya largo recorrido, entendemos que “el amor de Jesús a su Madre” tiene raíces mucho más profundas, “místicas”, que las psicológico-afectivas. Está incluido en la entrega amorosa de Dios a la humanidad en la encarnación. Brota, pues, de su designio, de su voluntad de salvación. No es un puro amor consecuente, como el de un hijo a la madre que le ha engendrado y le ha dado la vida. Es un amor antecedente, que ya se manifiesta en la elección desde siempre. Es el amor previo y fundante que el ángel le proclama a María en su saludo. Forma parte del amor primordial de la Trinidad, aquel en el que, como diría San Pablo, el Padre nos ha predestinado a ser santos. (34)

Es ese inmenso amor trinitario, desbordado en su designio salvífico, el que, para entregarse a la humanidad, se concreta y se entrega a una mujer, María. El amor con que el Señor se entrega a su Madre no es otro que su amor redentor. Acogido en la fe, ella le da en el Hijo la forma humana que necesita para “hacerse carne”, es decir, para entrar en nuestra historia concreta, tangiblemente presente y actuante.

Con su entrega filial a María en Jesús, el amor de Dios se torna humano. El Hijo se entrega a María para abrazar en ella a la humanidad. Ama y abraza en el seno materno de María “la carne humana” que, a su vez, se abre y se abraza a él por la fe. En este abrazo de comunión amorosa, toda la inmensidad del amor de Dios se somete a la dinámica de lo humano, desde el nacimiento como bebé a la muerte y muerte de cruz. “El niño crecía...” y “les estaba sumiso...”³⁵. Y es el seno de María el lugar del oculta-miento del poder divino del amor de Dios en la fragilidad humana, de lo divino en lo humano: “¿No es éste el carpintero, el hijo de María?”³⁶ San Pablo contemplará este misterio como una “kenosis”, un vaciamiento de sí mismo por amor. (37)

Con su entrega filial a María en Jesús, el amor de Dios se torna fraterno para revelar al Padre. Filiación mariana y fraternidad universal van a la par en el Hijo. Es hermano porque Hijo y es hijo porque hermano. Y es así como el Hijo abre la puerta a la revelación y a la manifestación del amor del Padre. Haciéndose hijo en María se hace hermano y, reconociéndonos como hermanos, nos hace hijos del Padre. Es a través de su condición de hermano como entra en el mundo la paternidad de Dios. “Jesucristo se ha hecho Hijo de Adán -decía el P. Chaminade- para hacernos hijos de Dios, su Padre (doble nudo por el cual él se une a nosotros y su Padre se hace nuestro Padre y el nuestro el suyo). *Subo a mi Padre y vuestro Padre.* Jesucristo con la misma liberalidad nos da por Madre a su divina Madre para ser nuestro hermano de todas las formas. María está unida al Padre eterno para ser madre de todos los fieles” (38)

Con su entrega filial a María en Jesús, el amor de Dios se torna esponsal para generar la Iglesia. El Hijo, formado en el seno de la Madre, es también, como hemos visto antes, el que forma a la Madre, abriendo su maternidad a la fecundidad salvadora universal. El Hijo es también esposo. Esta es sin duda la perspectiva del evangelio de Juan, como muchos

Santos Padres hicieron notar, en el que Jesús siempre se dirige a María llamándola “Mujer” (39).

¿No es ésta, acaso, la perspectiva desde la que hay que entender el sentido profundo de la escena del Calvario, tan querida de nuestro Fundador? Efectivamente. En la “hora” de la redención, Jesús “ve al discípulo junto a su Madre”. Mujer y discípulo, unidos en relación materno-filial, es la nueva humanidad que el Señor deja peregrinando en este mundo. Es la Iglesia, en su doble condición de Madre y Discípula. Madre que, fecundada con los dones del Esposo -su Palabra, su Cuerpo, su Espíritu, el agua y la sangre de su costado- sigue generando la vida nueva del hombre nuevo para la nueva creación: “Madre, he ahí a tu hijo”. Discípula que acoge estos dones en la Madre como su bien más preciado, para dejarse formar en su seno: “Hijo, he ahí a tu Madre”.⁴⁰

Entendemos ahora toda la fuerza contenida en la primera frase del artículo 2 de la Regla de Vida: “Dios, al llamarnos a ser marianistas, nos invita a seguir de una manera especial a Jesucristo, Hijo de Dios, hecho Hijo de María para la salvación de los hombres.” Haciéndonos hijos de María con él y como él, nos “con-formaremos” en esta forma de amor, encarnado en lo humano, fraterno, filial, con el que abrazar a la humanidad y a la Iglesia, para la salvación del mundo.

Ojalá esta meditación en torno a la Regla de Vida nos haya podido ayudar a comprender cómo y por qué el P. Chaminade contemplaba la maternidad de María como su gran misión en la Historia de la Salvación, cómo y por qué encontró en ella la llamada de Dios para la nuestra. Reflexionar el sentido y las consecuencias que de todo ello se deducen para nuestro compromiso misionero, será el objeto de nuestra reflexión, si Dios quiere, en una segunda circular.

Concluyo, pues, hermanos. Abriendo el camino del encuentro con María en el misterio nuclear de nuestra vida cristiana, he querido ofrecerles la posibilidad de volver a descubrir y vivir, con toda su profundidad, el lugar que ocupa María en nuestro carisma, que no es otro que el que ocupa en toda vida cristiana. Sólo que a nosotros, siguiendo la estela de nuestro Fundador, se nos ha dado el don de comprenderlo y de darlo a conocer.

Os invito a dar gracias a Dios conmigo por el don de esta gran vocación y a pedirle nos ayude a amarla y vivirla cada vez con más fervor y autenticidad.

Vuestro hermano en Jesucristo, Hijo de Dios, hecho Hijo de María para la salvación de los hombres,

Manuel J. Cortés, SM
Superior General
25 de marzo de 2007
Fiesta de la Anunciación del Señor

NOTAS

1 RV 7.44.

2 El P. José María Salaverri, comentando el primer Capítulo General después del de la Regla de Vida, escribió una circular titulada: *Presencia de María en el Capítulo General de 1986* (Circ. nº 14, 8 de diciembre de 1986). En ella afirmaba ya: “La Compañía de María sólo se renovará a través de un fuerte impulso mariano. Una Compañía que “pertenece a María” (RV 14) sólo reforzará su identidad a través de una intensa presencia de la Virgen María. Ante todo, presencia en el corazón de cada marianista que “como el discípulo amado acoge a María como don precioso de Dios” (RV 6)... presencia de María en cada una de nuestras comunidades y en el apostolado.” (p. 267)

3 El contenido de la moción era éste: “El Capítulo General de 1981 adoptó una revisión de nuestra Regla de Vida, y desde entonces la Compañía de María se ha visto comprometida en la difícil tarea de una asimilación progresiva. Parece llegado el momento de establecer y de evaluar la profundidad y el grado de esa asimilación. Nos gustaría sugerir dicha evaluación, sobre todo en relación con nuestro carácter mariano.” La moción se apoyaba en tres observaciones: “1. Percibimos un cierto desasosiego entre los marianistas respecto a la imagen de María. Algunos parecen considerarla como esencial en nuestra espiritualidad; otros experimentan cierta dificultad a la hora de darle un puesto importante en sus vidas personales; otros consideran a María como una fuente de inquietud. Ella sería como un estigma que hace que la SM sea conservadora y sentimental... 2. Notamos también una dificultad creciente a la hora de captar y de vivir algunos aspectos específicos, centrales en la espiritualidad mariana. Por ejemplo: la maternidad espiritual de María, nuestra alianza con María, la imitación de Cristo en su actitud respecto a María, la consagración a María. 3. Finalmente, observamos una falta de un fuerte dinamismo mariano apostólico...” (J.M. ARNAIZ, P. GONZÁLEZ-BLASCO, J. ROTTEN, *Con María hacia el futuro*, SPM, Madrid 2000, p. 113s.)

4. *ibid.*, p. 61. 5 RV 114. Manuel J. Cortés, SM –

5. RV 114

6 “Pero la misión de María no termina en el Calvario. Su caridad, más fuerte que el dolor y la muerte, le hace sobrevivir a lo que hubiera roto mil vidas más frágiles que la suya. Nueva Eva y, como tal, necesaria a sus hijos, debe participar todavía en el misterio de la Resurrección de su Hijo primogénito. Debe estar presente en el momento de la Ascensión. Debe velar por los apóstoles que oran en el Cenáculo. Debe ex-tender su solicitud maternal sobre la Iglesia naciente. Debe edificarla e instruirla. Debe dirigirla en las rutas difíciles del mundo hasta que la tierra, indigna de poseerla por más tiempo, la vea ascendida a lo más alto de los cielos por manos de los ángeles, cerca del trono de Jesucristo.” (*Pequeño tratado del conocimiento de María*, EM II , 475)

7 La segunda frase evangélica más citada por el P. Chaminade en sus escritos sobre María es el saludo del ángel, “llena de gracia, el Señor está contigo” (Lc 1,28). En este saludo, el P. Chaminade ve condensada la buena nueva de la nueva creación. Citando a Marchant, escribía: “Salve, María, llena de gracia, ... AVE, es decir, regójate, sé feliz y llénate de alegría. Cámbiese el nombre de Eva. El ángel parece oponer María a Eva, la alegría de María al dolor de Eva, la bendición de María a la maldición de Eva, la gracia de María al pecado de Eva, el fruto de María al fruto de Eva...” (EM I, 268)

8 Jn 19,26-27.

9 Mt 1,16. Aludiendo a esta expresión, con la que tituló la meditación 18ª de los retiros de 1822, decía: “Cuantos predicadores quieren hablar de María, aunque tomen por base otros textos, vienen a parar a éste: *María, de la que ha nacido Jesús.*” (EM II, 790)

10 “Para establecer una paz sólida son absolutamente necesarias tres cosas: 1) un lugar en el que las partes interesadas puedan reunirse con seguridad para acordarla; 2) medios mutuamente acordados para ejecutarla; 3) seguridades aceptadas por ambas partes para mantenerla. María, en este misterio,

por sus palabras “*Fiat, etc.*”, proporciona el lugar, los medios y las seguridades necesarias para acordar, llevar a cabo y mantener la paz entre Dios y el Hombre.” (EM I, 402s)

11 Gn 3,15. Baste recordar este pasaje de su famosa carta a los predicadores de retiro en 1839: “El poder de María no ha disminuido. Creemos firmemente que ella vencerá esta herejía como todas las demás, porque ella es, hoy como siempre, la mujer por excelencia, esa mujer prometida para aplastar la cabeza de la serpiente, y Jesucristo, al no llamarla nunca más que con este nombre, nos enseña que ella es la esperanza, la alegría, la vida de la Iglesia y el terror del infierno. A ella, pues, está reservada en nuestros días una gran victoria, a ella toca la gloria de salvar la fe del naufragio de que está amenazada entre nosotros.” (EM II, 74)

12 Es bueno recordar aquí el penúltimo párrafo de la carta que el P. Chaminade dirigió al Papa Gregorio XVI el 16 de septiembre de 1838 para presentarle los dos institutos y sus Constituciones: “Estas dos Órdenes han tomado como nombre distintivo el de la augusta María; ¡ojalá la den a conocer, la hagan alabar y amar por toda la tierra! Porque estoy íntimamente convencido de que Nuestro Señor ha reservado a su Santa Madre la gloria de ser particularmente la que sostenga a la Iglesia en estos últimos tiempos.”

13 “Todos los Institutos piadosos se proponen una misma perfección, mas no todos tienen la misma vocación especial; cada uno recibe de Dios un don propio, el uno éste, el otro aquél... Lo que para la Compañía de María es como el don de Dios, lo que constituye su fisonomía y forma su sello distintivo, es la piedad del todo filial para con la bienaventurada Virgen María.” (a. 293)

“Acordándose de las palabras de Jesús a su amado discípulo: “*Ecce mater tua*; he ahí a tu madre”, el profeso de la Compañía antepone a toda otra felicidad la de llamarse, y ser, hijo de María. Sabe que con su madre le han venido todos los bienes...” (a. 294)

“Como hijo piadoso, se deleita en honrarla, amarla y hacerla amar; no se cansa de pensar en ella, de hablar de su bondad, y explicar cómo es, con toda verdad, nuestra Madre, nuestra vida, la causa de nuestra alegría y la razón de nuestra esperanza...” (a. 295)

“Por efecto de esa piedad filial, el hijo de la Compañía siéntese instintivamente inclinado a imitar la vida de Jesús y de María, aplicándose con marcada predilección a reproducir las virtudes que más sobre-salen en la familia de Nazaret. Entre esas virtudes distingue sobre todo la humildad, la sencillez, el espíritu de fe y de oración mental y el espíritu de familia; éstos son los rasgos salientes de la Compañía de Ma-ría.” (a. 296)

14 Circular n° n° 62 (1894).

15 Neubert, E., *Notre Don de Dieu*, Mame, Tours 1954, p. 146.

16 Es muy interesante constatar que el P. Chaminade ya advertía este peligro. Hablando de la devoción a María, afirmaba que “el culto a María debe ser prudente”, saliendo al paso de la “ilusión de los cristianos que dan a María lo que no le pertenece”, decía: “Al llamar a María *Spes nostra*, tengamos presente que es por Jesús quien Ella es nuestra esperanza...” Y añadía una nota aclaratoria: “No crean por eso los enemigos de María que salen triunfantes. Al querer regular el culto de María, no disminuirémos los sentimientos de devoción ni aboliremos las prácticas, etc. Sabemos que el culto debe ser prudente y juicioso, es decir, lleno de sabiduría y de verdad; pues Dios no puede ser honrado más que por la verdad... y el culto que es debido a Dios debe ser también prudente: *rationabile obsequium vestrum* (Rm 12,1). Ahora bien, ¿qué nos enseñan las reglas de la Iglesia y los principios de la religión? Por una parte, que sólo Dios es santo, sólo Él todopoderoso, nuestro soberano bien, nuestra felicidad, el término último de nuestra esperanza, el único y verdadero objeto de nuestro culto y de nuestro amor; que Jesucristo es el camino, la verdad y la vida, que no hay salvación por nadie más que por Él; que no se ha dado a los hombres ningún otro nombre en el Cielo por el cual puedan ser salvos.” (EM I, 34s)

17 *Marialis cultus*, Introducción.

18 Cf. nn 25-28.

19 El pontificado de Juan Pablo II fue especialmente mariano. Recordemos, en la estela de *Marialis Cultus*, su carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* del 16 de octubre de 2002, muy iluminadora sobre la cuestión de la devoción mariana, en particular sobre su cristocentrismo. Pero no debemos

olvidar tampoco su encíclica *Redemptoris Mater*, del 25 de marzo de 1987, en la que, siguiendo la línea del capítulo VIII de *Lumen Gentium*, nos ofreció, entre otras reflexiones, una excelente meditación sobre el camino de fe de María.

20 Es interesante constatar que el P. Chaminade ya advertía sobre el peligro de considerar la relación entre Jesús y María desde una perspectiva puramente afectiva. En sus notas de instrucción, en una de sus charlas sobre la Asunción de María, critica a los que pudieran interpretar este misterio como un gesto de ternura filial de Jesús hacia su madre: “El mérito de María es esencialmente y radicalmente el principio de la gloria con la que fue coronada... ¿Quién no imagina que Jesús, cediendo a su ternura filial, desplegara todo su poder para elevar a lo más alto de su gloria a la que le llevó en su seno? Error, ¡ilusión que nos hacemos! Jesucristo, en las operaciones divinas, no escucha jamás a la carne y a la sangre... Abrid el Evangelio y vedle en el cumplimiento de su misión. Sólo ve al Padre que está en los cielos. En esto nada tiene de común con María. Sus respuestas parecerían contener cierta dureza hacia María para quien no estuviera instruido en nuestros misterios.” (*Écrits et Paroles*, Volume II, 202.172, p. 434)

21 Filp 3,9.

22 En el importante Cuaderno D de sus escritos de Dirección, el P. Chaminade advertía: “Ya que la perfección en la Compañía de María radica en la conformidad con N.S.J.C. bajo la protección y la solicitud maternal de María, es necesario hacer conocer más y más el motivo por el que J.C. vino a este mundo, cómo él es el camino, la verdad y la vida, cómo J.C. nos comunica su Espíritu, cómo el Espíritu de J.C. nos hace vivir de la vida de J.C. y nos conforma enteramente con nuestro divino Modelo: en ello consiste esta entera conformidad con J.C.” (ED II, 404)

23 Filp 3,12.

24 Cf. Heb 11. “Por la fe (Moisés) salió de Egipto sin temer la ira del rey; se mantuvo firme como si viera lo invisible.” (v. 27)

25 Recordemos las palabras del himno de la carta a los Filipenses en su traducción literal: “(Cristo), exis-tente *en forma de Dios...* se vació de sí mismo habiendo tomado *forma de esclavo* llegando a ser semejante a los hombres.” (2,6-7)

26 Gal 4,4.

27 *Tract. in Johannem*, VIII, 9.

28 Sermo 215.

29 LG 56.

30 Carta a M. Perrodin, del 1 de marzo de 1843: EM II, 116.

31 EM II, 662.

32 En el capítulo V del pequeño tratado *Conocimiento de María*, que lleva por título “María, Madre de los cristianos”, concluye: “Somos pues hijos de María. Le pertenecemos como hijo a su madre. En Ella y por Ella, Jesucristo, al comunicarnos su vida, nos ha hecho partícipes de su naturaleza, de tal forma que hemos nacido espiritualmente de María como consecuencia de su inefable unión con Jesucristo, Padre de nuestras almas. Sin intentar profundizar este misterio, contentémonos con saber que cuando el Verbo de Dios se anonadó en el seno de la augusta Virgen bajo la forma de esclavo, Ella lo concibió al mismo tiempo por la fe en su alma, llegando a identificarse con Jesús, a ser otro Jesús. Y en el mismo instante, asociada a todos sus pensamientos y sentimientos, tuvo conciencia de ser la nueva Eva y se prestó como tal a la divina operación de su Hijo que nos engendró espiritualmente con Ella y por Ella.” (EM II, 491)

33 Cuaderno D, doc. H, ED II, 334-339. Este encadenamiento lógico de los principios fundamentales de la vida cristiana constituyó el hilo conductor de los retiros de 1827 (EM II, 821-834) y se repite muchas veces en la enseñanza del Fundador.

34 Cf. Ef 1,3-4.

35 Cf. Lc 2,51s.

36 Mc 6,3 par.

37 Es desde esta perspectiva como entendemos la insistencia del P. Chaminade en el “sometimiento” de Jesús a María, un sometimiento que no dejaba de contemplar de manera muy

concreta, carnal, en el sentido más genuino. “¡María Madre de Dios! El cielo está en sus castas entrañas. La divinidad reside allí corporalmente, velada pero no destruida bajo la forma de esclavo, y cuando Jesús vea la luz del día, le contemplaremos dependiendo de María, como un hijo ordinario concebido en el dolor del pecado. El Hijo de Dios se dejará cuidar, alimentar, educar y vestir por una criatura que cumplirá con Él todos los deberes de la maternidad. Impotente para sostenerse a sí mismo y proveer a sus necesidades, el Verbo Eterno, niño pequeño, reposará en el regazo de María y sobre su corazón; se alimentará con su leche, pedirá sus tiernas caricias, se sentará a sus pies y la escuchará dócilmente.” (*Del conocimiento de María*, EM II, 461). Y en todos sus proyectos de Constituciones n

Lucas. (Cf. C

38 EM I, 82.

39 “Observamos sobre todo su complacencia en darle siempre el nombre de Mujer. Esta circunstancia es muy digna de tenerse en cuenta... Sin pretender rechazar las interpretaciones rechazar las interpretaciones diversas con las cuales se ha pretendido justificar la conducta, dura a primera vista, del Hijo de Dios para con su divina Madre, ¿no se puede afirmar que la gran razón que movió al Salvador a no llamar a su Madre más que con el nombre de Mujer, fue la de hacernos comprender y recordar sin cesar que era Ella la nueva Eva o la mujer prometida junto con el Redentor?” (*Sobre el conocimiento de María*, EM II, 471)

“Por consiguiente, según San Bernardo, de la misma manera que para la generación natural del hombre no convenía que Adán estuviera solo, del mismo modo estaba muy puesto en razón que en los decretos eternos, Jesucristo, el nuevo Adán, no se hallara solo en la obra de la generación espiritual o regeneración del hombre. María, nueva Eva, es precisamente la ayuda semejante a Él, que debe cooperar con Él en dicha obra.” (id. 457)

40 En la contemplación tan frecuente y abundante que el P. Chaminade hace de este episodio no podían faltar referencias a esta perspectiva sponsal y eclesial. Bástenos algunas referencias. En uno de sus sermones sobre la compasión de la Virgen, identificándola con la esposa del Cantar de los Cantares que canta “Iré al monte de la mirra y a la colina de del incienso” (Ct 4,6), dice: “Ella, **verdadera esposa de Jesucristo**, nos dice: *Iré...*, quiero seguir su ejemplo. Subiré a esta montaña, más terrible que el Sinaí, y me entregaré al dolor y a la ignominia... Jesús sufre por los hombres pero es preciso que reciban la aplicación de sus méritos. **María representa a la Iglesia**. Como madre de los cristianos a quienes da a luz al pie de la cruz, y a la cual Jesús constituye como tal por sus disposiciones testamentarias.” (EM I, 214)

“La muerte natural de Jesucristo representa para nosotros místicamente la muerte del hombre viejo y la consumación del nuevo, y por esta razón, la sangre y el agua que salieron del costado de Cristo representaban a la Iglesia. Eva formada del costado de Adán dormido era una figura de este sublime misterio... Por la muerte de Jesucristo, María había recibido la muerte y la lanza que atravesaba el corazón de su Hijo, atraviesa también su bella alma, y nos representa el mismo misterio, la formación de la Iglesia, la cual nos da a luz en cierto modo.” (EM I, 76)
